

461

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA FORMACION DE UN
PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO
EN CHILE.

Podría decirse que en el momento presente la unificación política de quienes profesan el ideal socialcristiano es una aspiración cordial y decidida de los mismos interesados. No obstante, diversos obstáculos han ido retardando y haciendo difícil esta unificación, y es por ello que parece necesario concretar en una exposición no demasiado extensa los puntos principales que deben tomarse en consideración al examinar la posibilidad de llevar a la realidad tal unificación. Un estudio de los mismos tendrá sin duda la virtud de concretar las ya largas discusiones al respecto alrededor de algunos temas fundamentales, y en definitiva reforzarán nuestro convencimiento de que el porvenir del social cristianismo en Chile está estrechamente ligado a la generosidad y altura de miras, a la vez que al sentido práctico que los socialcristianos sepan tener al encarar el problema de su unificación.

NECESIDAD DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO.

No es preciso insistir aquí en el valor del socialcristianismo como solución de los problemas sociales. Estas consideraciones se dirigen a quienes están convencidos de él. Tampoco es necesario hacer una larga historia de las circunstancias que han conducido a la situación presente, en que el ideal social cristiano está representado en la vida política fundamentalmente por dos colectividades: el Partido Conservador y la Falange Nacional.

El buen funcionamiento de un sistema democrático a base de partidos políticos exige de muchas condiciones, pero sin duda una de las más importantes es la existencia de pocas, estables y fuertes colectividades políticas. Tal cosa es indiscutible y es una de las aspiraciones tradicionales del partido Conservador. La multiplicación y división de partidos, por lo tanto, no se justifica sino cuando hay una discrepancia tal en los ideales, en los principios, o en las apreciaciones prácticas de la manera de realizarlos, que el unificar dos grupos de personas en un solo partido político sería violentar las conciencias o presentar una cohesión puramente ficticia y sin fe ni entusiasmo.

El socialcristianismo en Chile ha estado representado, al menos nominalmente, en los programas del Partido Conservador desde hace largo tiempo. Por desgracia, una concepción demasiado estrecha de este concepto por parte de muchos sectores del Partido, y por otra parte, el prolongado alejamiento de éste de las labores gubernativas hicieron que el socialcristianismo no

lograra realizarse como un programa de gobierno, salvo en iniciativas aisladas que han quedado más bien como ejemplos de lo que podría ser la aplicación integral de una política socialcristiana desde el gobierno.

Las incidencias internas que culminaron con la separación de la Falange Nacional para formar un nuevo partido, privó al Partido Conservador de un fuerte núcleo de una generación rica en valores socialcristianos. Después de la campaña presidencial de 1946, cuando al parecer el pensamiento y el sentir socialcristianos eran mayoritarios dentro del Partido Conservador y estaban en condiciones de imprimir a éste un rumbo decidido para la concreción de sus ideales, se inició la larga pugna interna que culminó con la separación del sector tradicionalista, situación que se mantiene hasta hoy día.

No es del caso hacer consideraciones sobre si ambos acontecimientos han sido a la larga perjudiciales o beneficiosos, ya que un juicio en cualquier sentido sería impotente para cambiar la realidad de los hechos consumados. Es necesario partir de la situación existente y tratar de obtener el mejor partido posible de ella.

La Falange Nacional, separada del Partido Conservador, se mantuvo durante largos años en un volumen más o menos constante de votos y parlamentarios, constituyendo en realidad un partido pequeño. En el Partido Conservador, y después de un período de predominio de quienes permanecieron fieles a la legítima autoridad y a la doctrina socialcristiana, la balanza electoral comenzó a inclinarse hacia el sector tradicionalista, engrosado más tarde con la defección de algunos elementos conservadores, situación que se hizo clara en las elecciones parlamentarias de 1953 y desgraciadamente se ha acentuado en las recientes elecciones municipales de 1956. Los resultados electorales han relegado al Partido Conservador a la condición de partido pequeño en cuanto a su volumen de votos y cargos de representación popular.

Así las cosas, las perspectivas de que el socialcristianismo cuente con un partido grande y poderoso como herramienta para realizarse en la política chilena son muy improbables de continuar la situación actual. Que el Partido Conservador llegue a recuperar su situación tradicional entre los partidos grandes sin haberse producido la fusión con el sector tradicionalista o con la Falange Nacional es desde luego una posibilidad pero analizando la realidad con espíritu objetivo, es bastante improbable. No hay desde luego indicios en el momento presente que así lo hagan pensar, y en todo caso, sería un proceso que requeriría de largos años y que probablemente haría perder un tiempo irreparable a la realización del socialcristianismo.

Por diversas circunstancias, la fusión con el sector tradicionalista resulta imposible en los actuales momentos y es francamente desaconsejable. El largo período de luchas internas reveló, más allá de las disputas personales que ocasionalmente pudieron haberse producido, la existencia de criterios y aún de ideales tan completamente opuestos entre dicho sector y el resto del

Partido, que una reunión de nuevo en una sola entidad política equivaldría a volver a crear un solo cuerpo con dos almas distintas. Por lo demás, la desigual representación electoral y parlamentaria de los dos grupos haría ilusoria la esperanza de captar el nuevo partido para el socialcristianismo a través de la influencia interna de dirigentes y militantes, al menos por un período muy prolongado.

En cambio una fusión con la Falange Nacional resulta no sólo aconsejable, sino verdaderamente imprescindible para afianzar el futuro del socialcristianismo. Hemos dicho que por una parte sólo una verdadera y profunda diferencia de principios y criterios justifica la existencia de diferentes partidos políticos, y que por otra parte la realización del socialcristianismo exige la existencia de un partido fuerte y poderoso que lleve a cabo tal tarea. Con la Falange Nacional existe una comunidad de ideales que haría fácil la fusión en un solo partido. Diferencias de criterio existen, o han existido, pero siempre en torno a matices o a problemas pequeños, y no en las grandes líneas ni en torno a los grandes problemas, al menos después de la división del Partido Conservador. Tales diferencias de criterio son perfectamente compatibles con la existencia de un partido único socialcristiano dentro del cual pudieran ventilarse democráticamente, aceptándose la decisión de la mayoría sin que nadie sintiera violentada su conciencia al hacerlo. Y por otra parte, dicha fusión dotaría al socialcristianismo de una colectividad fuerte y unida, como instrumento de primera categoría para realizar una política de verdadera realización de sus principios.

OPORTUNIDAD DE LA FORMACION DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO.

Hay sin duda objeciones a la formación de un nuevo partido fusionado socialcristiano. Hay quienes, aceptando en principio la unidad política del socialcristianismo, estiman que no es éste el momento más acertado para hacerla, o que sería preferible prolongar indefinidamente la existencia de la Federación Social Cristiana. Tales argumentos no resultan convincentes. Era cuerdo esperar una verificación de la real fuerza política del Partido Conservador antes de proceder a un fusión con la Falange Nacional. El resultado electoral desfavorable de 1953, la deserción de un grupo conservador hacia las filas tradicionalistas, incluyendo los dos diputados que el Partido eligió en dicha oportunidad; el resultado desfavorable en la querrela seguida en relación con el Club Fernández Concha y otras incidencias lamentables en el seno del Partido hicieron creer a muchos en la pérdida total de sus efectivos, el desbande de sus militantes y su inminente desaparición. En tales circunstancias, haber buscado una fusión con la Falange Nacional u otros grupos socialcristianos habría sido una confesión de debilidad y prácticamente una petición de buena acogida a restos naufragos.

Las recientes elecciones municipales han revelado que si bien ha habido una declinación perceptible en el poderío político

tico del Partido Conservador, él no reviste los caracteres de desastre o de total liquidación que muchos esperaban, y que el Partido mantiene una fuerza más o menos apreciable, especialmente en provincias. En tales circunstancias, una iniciativa de fusión con la Falange Nacional puede plantearse en un terreno de mayor independencia e igualdad. Podemos ofrecer algo y exigir algo, y en todo caso llevar las negociaciones con dignidad, sabiendo que se representa a fuerzas socialcristianas reales y con representación popular, aunque su magnitud sea reducida. Sin embargo es preciso no perder de vista, y esto como argumento favorable a la fusión, que hubo una baja en las fuerzas del Partido, y que si bien probablemente ellas nos disminuirán en el futuro, nada hace pensar tampoco que vayan a aumentar substancialmente.

Y hay otro factor que hace más imperativa y urgente la fusión ahora y no más tarde. En las últimas elecciones, la Falange vió aumentadas sus fuerzas notablemente, obteniendo por primera vez una votación superior en forma apreciable a la del Partido Conservador. Si la idea socialcristiana ha ido prendiendo en el medio político chileno, la realidad de las cifras nos indica que, de los dos partidos que fundamentalmente la representan, es la Falange Nacional y no el Partido Conservador quien ha aparecido ante el público como representante del socialcristianismo y es hacia ella que se han vuelto los simpatizantes con estos principios.

No hay que olvidar por otra parte un importante hecho que en parte explica también el éxito electoral de la Falange: la candidatura presidencial latente del senador Frei. La candidatura Frei encuentra grandes simpatías en vastos sectores del público, incluso apolíticos, por las relevantes condiciones del candidato y la seriedad y solidez de sus posiciones. Si llega a obtener Frei el triunfo en Septiembre de 1958, él beneficiará indiscutiblemente a la Falange y no al Partido Conservador, electoralmente hablando, o al menos a aquélla en mucha mayor proporción que a éste. El resultado de las ~~xxxxxxx~~ elecciones municipales es ya un índice de lo que probablemente sucedería entonces. Frei pertenece a la Falange e indudablemente que este hecho tendría su lógica gravitación electoral. Qué razón habría, en cambio, para que el elector independiente que ha decidido dar su voto a los socialcristianos decidiera dar su voto al Partido Conservador y no a la Falange? Disminuido en votos, sin prensa, sin radio, abandonado por sus diputados, ignorado por la prensa en general, el Partido es para muchos que sólo conocen la política en forma más o menos ligera, un fantasma o algo que ya ha dejado de existir. Sabemos que ello no es efectivo, pero desgraciadamente dichas condiciones no son las más propicias para luchar por la recuperación de la antigua posición electoral del Partido.

Por cierto que un revés electoral, aunque se mantenga por largo tiempo, no es razón suficiente para disolver un partido si ello significa renunciar a los ideales que representa. Pero no es así en el caso presente, según ya se ha ~~xxx~~ dicho y es fácil comprender.

POSICION DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO.

La mención de una "línea política definida" nos lleva a terminar estas consideraciones con un esbozo de lo que podría significar este nuevo partido en la política chilena. Quienes resisten la fusión con la Falange, aduciendo que la Falange les disgusta, que ha habido en ella actitudes extremistas o demagógicas, que las relaciones con sus militantes en la Federación Socialcristiana no han sido cordiales, etc., olvidan al decirlo que la formación de un nuevo partido no significaría "nuestro ingreso a la Falange", sino la constitución de una entidad política nueva, en que nuestro aporte tendría tanta influencia como el falangista en la determinación de sus rumbos y su mentalidad. Si bien es cierto que en la generación a que pertenecen los actuales dirigentes máximos de la Falange tal vez ellos estarían en mayoría, no hay que perder de vista el aporte del Partido en dirigentes de mayor edad y experiencia, y en cuanto a la Juventud, futuros dirigentes del partido demócrata cristiano, no es exagerado decir que nuestro aporte de valores sería por lo menos igual y posiblemente superior al de la Falange. Es cierto que ha habido en el pasado actitudes extremistas o poco felices de la Falange, pero no es menos cierto que desde que ha marchado aliada con el Partido Conservador, la Falange ha acentuado su posición de centro y socialcristianismo puro, y lo más probable es que en el futuro partido, con mayor razón debido a la influencia del aporte conservador, dicha posición se mantuviera en definitiva. Por último, sería ~~una~~ seguramente pecar de orgullo asegurar que nuestras actitudes políticas en los últimos años han sido siempre acertadas o exentas de error. Que las relaciones entre conservadores y falangistas no hayan sido siempre cordiales en la Federación Socialcristiana es una cosa completamente natural y propia de toda alianza de partidos que conservan su independencia. Muy posiblemente a la formación de un nuevo partido seguiría un período de recelo o frialdad entre los que han llegado a él de uno u otro partido, pero con el transcurso del tiempo y sobre todo con el librar de batallas contra otros grupos anatógónicos por un ideal común contribuirán a hacerlas desaparecer paulatinamente.

La línea política concreta que el partido debería seguir corresponde determinarla, naturalmente, a las autoridades del mismo. Sólo insinuaremos aquí que no creemos equivocarnos al pensar que el sentir unánime de los conservadores sería mantener y acentuar una línea de centro, que es la que corresponde al socialcristianismo; evitar en lo posible las alianzas políticas permanentes, salvo con otros partidos que sean verdaderamente compatibles con nuestros ideales; y sobre todo, ofrecer al país no sólo ideales y principios, sino soluciones concretas para los problemas concretos que vive el país; estudiarlos con seriedad y capacitación técnicas y realizar en definitiva las mejores soluciones con ~~los~~ los mejores hombres.

Y si las halagüeñas posibilidades del socialcristianismo no se concretan en definitiva, tendremos al menos la satisfacción de que ellas no se malograron por nuestro egoísmo o timidez.